

## EL PERSONAJE

En voz baja porque es pleno mediodía, seguiré los trazos de sus sueños para mostraros como después de las tormentas florecen las violetas.

Nacido hace 76 años, en el otro hemisferio, pero siempre en el sur, varón, hombre nacido como todos en plena desnudez, se abrazó a la vida, con los pies en la tierra y sin dejar de lado todos los caminos, quiso seguir estelas, trazos nocturnos dejado por estrellas, grandes líneas de luz que envolvieron de azul y otros colores las cosas improbables de la vida.

Las transformó a todas en sus proyectos que hicieron de la tierra un lecho de hojas olorosas, donde poder recostarse y apoyar su nuca en todas sus edades.

Hizo de la vida un gran viaje, de esos que no piensan en volver a sitios que esperan a los hombres para atarlos a sus costumbre, y como un gran viajero tuvo en su brújula un destino impreciso y obtuvo su placer del timbre de su voz, de contemplar las piedras del camino para que tengan la vida que eligieron, de ponerle nombre a las fuentes que generan la vida, de aceptar a aquel que no hace nada y dejar a cada cual con sus maneras.

La vasta tierra donde nació le preguntó a menudo quien establecerá los límites terrestres y sin pensarlo demasiado trepó en el tren del tiempo. Con el pulso a los saltos, latido a latido caminó hasta entender cuál es la violencia que guía el corazón del sabio.

De este lado del mundo y del otro lado donde nació, siempre hubo un viento del mar amontonando gentes de polvo viviendo entre todas las especies, pero supo que hasta había que ponerle un nombre al sol para que habite entre nosotros.

Insistió e insistió, para que su trabajo tenga la fuerza de rebajar lo raro, y lo insólito se traduzca en vida cotidiana, sin dejar de creer que podía restablecer ciertos equilibrios indispensables para seguir viviendo. Fue una ruta escrita en la arena, donde lavó su amor y su desgracia, y marcó con trazos indelebles, la poesía, la pintura, el canto, el cine, el teatro, fue el médico del alma que interpretó a este trágico universo que tortura a los cuerpos con poderes febriles, y puso el alma velando a las puertas de sus años, y cada década tuvo el color de todos los colores, y toda insensatez se transformó en sus novelas creando artilugios donde el arte fue un hilo de luz saliendo de sus ojos.

Un día encontró a su dios y era un indio montado en un caballo negro con las crines al viento yendo a cualquier lugar, en un galope que nunca pudo detener y que lo llevó a la entrada de un río que tenía su nombre y donde las bifurcaciones no eran sino otros caminos y otros ríos que surgían como propuestas, y maneras diferentes de vivir.

El Indio lo visitaba en sueños algunas noches, aquellas donde su vida parecía detenerse y le dictaba frases que fueron sus aforismos, convertidos

en hojas, que son hojas del viento que llevan ese soplo que las inmortaliza: “Vi como los perfiles del tiempo se posaban en mi piel, dejando una marca”, “La soledad. Una constelación de estrellas infinitas al alcance de la mano”, “Soy lo que vuela. Encadenadme y seré, lo encadenado que vuela. Matadme y seré lo encadenado muerto que vuela”.

Son 76 años, sí, ganados al tiempo de la cronología, rota por la escritura.

Y la poesía vuelve majestuosa a tocar todas las acciones de su vida porque ella vaga sin saber, pero sabe. Y lo cito: “Ella es siempre joven, ella ni siquiera descubre, porque no tiene mundo conocido para descubrir en él lo desconocido. Ella no tiene mundo. Sólo savia perenne como lo humano. Nacer y olvidarse de haber nacido, y morir para volver a nacer en otro sentido, que por humano, me hará sobrevivir en él”.

Un Feliz cumpleaños y como decimos los fantásticos, “no te mueras nunca y gracias por existir”.

Norma Menassa